

Universidad Miguel Hernández de Elche
Facultad de Ciencias Sociales y Jurídicas de Elche
Titulación de Periodismo

Trabajo Fin de Grado
Curso Académico 2018-2019



Viaje por el universo de seis mujeres políticas de Elche
*Journey through the universe of six women politicians of
Elche*

Alumna: Lorena García Sánchez

Tutor: Miguel Ors Montenegro

ÍNDICE

Resumen	2
Palabras clave	2
Abstract	3
Keywords	3
1. Introducción	4
2. Metodología	6
3. Testimonios	8
3.1 Ana María Marchante González	8
3.2 Teresa Sempere Jaén	13
3.3 María del Carmen Baeza Vega	18
3.4 Charo Pérez Gómez	24
3.5 Mercedes Planes González	29
3.6 Pilar Sanz Rodríguez	34
4. Conclusiones	40
4.1 Estudios escasos	40
4.2 Participación familiares guerra	40
4.4 Apoyo familiar	41
4.5 Independencia	42
4.6 Necesidades	42
4.7 Pavor	43
5. Bibliografía	44

Resumen

Volver la vista hacia el pasado. Recordar. Personas, actos y situaciones. Aprender. Tanto de los errores como de los aciertos. Y así varias veces hasta construir tus propias memorias. Tu historia.

Encallada en recuperar partes de los anales colectivos, resultan fundamentales los testimonios de seis mujeres ilicitanas de corazón quienes comparten sus vivencias en momentos clave de la historia de España como lo son la posguerra, el franquismo o la Transición. Experiencias, anécdotas y relaciones. Aunque ya han pasado años y la vida pasa tan fugaz como ese fuego jovial que pronto se convierte en cenizas, siempre quedarán restos que, por mucho que intentes deshacerte de ellos, perdurarán en un ínfimo hueco.

Todo ello forma parte de un viaje introspectivo que, al ser narrado en primera persona, nos permite ver los hechos desde los ojos de Ana Marchante, María Teresa Sempere, María del Carmen Baeza, Charo Pérez, Mercedes Planes y Pilar Sanz, haciendo alusión en ocasiones a acontecimientos que le han ocurrido a personas cercanas a ellas.

Mujeres luchadoras, transgresoras y valientes que se han revelado contra los valores conservadores establecidos siglos atrás, consiguiendo una aclamada independencia. Escalón a escalón, pasito a pasito, logran hacerse un hueco en un mundo dominado en su mayoría por hombres, ya que el papel femenino se limitaba a realizar las tareas domésticas y atender las necesidades familiares. Y como todos los muros este también termina por derribarse. A través de su participación en la política (Partido Socialista Obrero Español, el Partido Popular y el Partido Comunista de España), estas harán de altavoz por la visibilidad y derechos de la mujer, demostrando que todos y todas somos igual de capaces.

Si un año da para mucho...¿te imaginas cómo de trepidante puede ser sumergirse en cada una de las vibrantes vivencias de estas seis protagonistas ejemplares que llevan ni más ni menos que más de 70 años de lucha a sus espaldas? Te hará descubrir y valorar los cambios importantes que se han producido en la sociedad en apenas unas décadas.

Palabras clave: mujeres, posguerra, franquismo, transición, militantes, políticas, PSOE, PP, PCE.

Abstract

Looking back on the past. Remembering. People, events and situations. Learning. Both, the successes and errors. And so, several times until building your own memories. Your story.

Persistently, I attempted to retrieve parts of the collective records. Therefore the testimonies of six women of Elche are essential. These women share with the people their experiences during key moments of Spain such as the post-war, Franco or transition. Experiences, anecdotes and relationships. Although it has been years and life is as fleeting as that youthful fire that suddenly turns into ashes, there will always be remains, which will endure in a tiny hole, even though we try to get rid of them.

All that belongs to an introspective journey that, as it is narrated in the first person, allows us to see the events through the eyes of Ana Marchante, María Teresa Sempere, María del Carmen Baeza, Charo Pérez, Mercedes Planes y Pilar Sanz, who will be sometimes referring to facts that have happened to people close to them.

Determined, transgressive and courageous women who rebelled against conservative values established centuries ago. As a result, they got their own acclaimed independence. Step by step, they managed to gain a foothold in a world dominated mostly by men, because the female role was limited to performing domestic tasks and family needs. But like all the walls, this ended up to be knocked over as well. Through their participation in politics (PSOE, PP and PCE), they have been a speaker ensuring visibility and women's rights, demonstrating that we are all equally capable.

If a year can give us all that content...do you imagine how exciting can be being immersed in every vibrant experience of these six exemplary protagonists who are more than 70 years? You will be discovering and appreciating the important changes that have took place in society in just a few decades.

Keywords: women, post-war, Franco, transition, activists, politicians, PSOE, PP, PCE.

1. Introducción

Cojamos una cápsula para transportarnos al pasado y veamos cómo y por qué se ha visto alterado el paso del tiempo. ¿Qué pasaba en la España de 1919? El país estaba sumido en una grave crisis política y económica por lo que el 1 de junio se celebraron elecciones generales, bajo sufragio masculino. Reinaba la inestabilidad. La Restauración borbónica, encabezada por el monarca Alfonso XIII, convocó dos elecciones generales más, las de 1920 y 1923. Cinco meses después de los últimos comicios, Miguel Primo de Rivera da un golpe de estado e instaura una dictadura con el visto bueno del rey. La primera en forma de directorio militar (1923-1925) y la segunda civil (1925-1930).

Tras esto, se proclama la Segunda República Española (1931-1939). Fue cuando, por primera vez, la Constitución de 1931 reconoce el sufragio femenino en la nación. En octubre, dos meses antes de la aprobación de la carta magna por las Cortes Constituyentes, las mujeres obtuvieron el derecho al voto por 161 votos frente a 131, en un plebiscito celebrado en el Congreso.

En ese momento solo había tres diputadas en la asamblea: Clara Campoamor, Victoria Kent y Margarita Nelken. La primera fue la única de ambas que apostó por una ferviente lucha por la determinación de todas. La diputada Campoamor en su discurso señaló al respecto que:

Como ocurrió con otras fuerzas nuevas en la revolución francesa, -la mujer- será indiscutiblemente una nueva fuerza que se incorpora al derecho y no hay sino que empujarla a que siga su camino [...] Negadlo si queréis; sois libres de ello, pero sólo en virtud de un derecho que habéis detentado, porque os disteis a vosotros mismos las leyes; pero no porque tengáis un derecho natural para poner al margen a la mujer.

La primera vez que pudieron ejercer estas el derecho al voto fue en las elecciones generales celebradas en 1933.

La Guerra Civil española (1936-1939) se llevó la vida de más de 500.000 personas, dejando un estado hundido y atemorizado por la posterior dictadura de Franco. Y silencio. Como si de una película muda se tratase, las temeridades cometidas por el régimen quisieron ser tapadas y acalladas.

A principios de los años cuarenta, 50.400 españolas malvivían en las cárceles por delitos políticos y se calcula que alrededor de 50.000 mujeres y niños tuvieron que emprender el camino del exilio rumbo a Francia en esos años. Durante la etapa franquista las mujeres

perdieron los derechos reivindicados, conquistados y garantizados durante la Segunda República, produciéndose un claro retroceso. Fueron víctimas de violencia sexual; descargas eléctricas; robos de bebés; forzadas a raparse el pelo; y obligadas a ingerir aceite de ricino para su humillación.

Además, las actitudes machistas y costumbres conservadoras se establecieron, aún más, en la sociedad española. No cabía la posibilidad de la presencia de mujeres en el mundo laboral, puesto que se le mandaba cuidar hacer las tareas domésticas y cuidar de la familia con todo lo que conlleva.

Esta represión construyó a las mujeres como individuos desiguales a los hombres, relegándolas a un bajo estatus dentro de la sociedad. Sin embargo, muchas de ellas no se echaron atrás y siguieron resistiendo frente a la fiereza mostrada. Con la llegada de la Transición y la instauración de la democracia en España, las mujeres se mostraron con más capacidad que nunca para luchar por un futuro en el que los derechos de estas estuvieran férreamente garantizados.

Mujeres empoderadas, capaces de llevar a cabo todo propósito. Mujeres que han sufrido, pero han sabido aguantar con la convicción de que, batallando, llegaría su momento. Cabe destacar que España se ha colocado como el tercer país de la Unión Europea con mayor presencia femenina en los escaños de la cámara baja, puesto que actualmente cuatro de cada diez diputados del Congreso español son mujeres que luchan por dar una mayor visibilidad a nuestro sexo. Por ello, se ha decidido hacer un viaje cronológico por la vida de seis ilicitanas, nacidas entre 1928 y 1947, que han acabado por sumergirse en el denso mundo de la política: Pilar Sanz, María del Carmen Baeza, Ana Marchante, Mercedes Planes, Charo Pérez y María Teresa Sempere.

Con el objetivo de conocer diferentes puntos de vista posibles sobre los acontecimientos que han vivido, se ha escogido entrevistar a dos de cada partido político (PSOE, PCE y PP). Aunque distintas, vemos que las une una misma lucha: el aumento de la participación de las mujeres en los procesos de toma de decisiones, acceso al poder y, en general, realzar su papel en la sociedad, en busca de una igualdad que haga realidad la recuperación de la dignidad individual y colectiva que, como personas que son, han de ostentar estas.

Su experiencia sirve para que generaciones sepan de la crueldad con que se ha tratado a la población española durante años y sobre todo al sexo femenino. Existe una respuesta clara de todas ellas: no dejar de dar guerra, pacíficamente hablando. Por muchos

obstáculos que se presenten, el valor de la propia voluntad de una comunidad siempre va a resultar mayor.

Familias humildes, que han pasado necesidades y, algunas, sin apenas estudios. Son el claro ejemplo de que la vida en España ha cambiado mucho (aunque aún falte por avanzar) y hace posible la relativización de todo lo que se tiene ahora, sobre todo pensando en los más jóvenes, quienes desconocen ciertos aspectos antiguos que dificultaban en mayor medida la evolución humana. Escuchar a nuestros mayores siempre será una fuente de inspiración y motivación recomendable e importante por el aporte enriquecedor que ofrecen tanto personal como culturalmente.

2. Metodología

Debido a la elección de una edad mayor a los 70 años, la tarea para encontrar a mujeres que hayan participado en la vida política de los tres partidos escogidos (PSOE, PP Y PCE) ha sido laboriosa. Para ello, me he puesto en contacto con gente que podría ser afín dentro del partido o bien que mantuviese una relación con dichas personas.

En primer lugar, concerté un encuentro con Miguel Ors, director de la Cátedra Pedro Ibarra de la Universidad Miguel Hernández de Elche, quien me puso en contacto con Ana María Marchante. Esta, a su vez, me facilitó el número de María Teresa Sempere, quien resultó ser la conexión con Mercedes Planes. Todas se conocían.

En segundo lugar, me presenté en la sede del Partido Popular ilicitano con el objetivo de que me aportasen ayuda. Fue fallido. Luego, envié un mensaje vía e-mail, Facebook y Twitter para ver si podían atenderme. Por el segundo obtuve una respuesta y en pocos días descolgué el teléfono para hablar con Sergio Rodríguez Meseguer, vicesecretario de Comunicación de los populares. Este comentó la posibilidad de entrevistar a María del Carmen Baeza y Charo Pérez.

Y, por último, gracias a José Antonio Martínez Moyá, secretario de Organización de la Federación de Constructores y Servicios de Comisiones Obreras del País Valenciano-Vinalopó-Vega Baja. Vinalopó y Vega Baja, conseguí dialogar con Pilar Sanz, con la colaboración de Lupe Arana, secretaria general del sindicato comarcal de Pensionistas de CC.OO.

La mitad de entrevistas se han producido entre los meses de septiembre y enero en las sedes de los partidos, véase el caso de Ana Marchante, María Teresa Sempere y Charo Pérez; en cuanto a María del Carmen Baeza y Pilar Sanz, estas ofrecieron como lugar su propia casa; y el encuentro con Mercedes Planes se propuso en una cafetería.

Dependiendo del tipo de camino que tomase cada una de las conversaciones, se les hacía unas cuestiones u otras aunque la mayor parte de las veces se mantenía el orden de la estructura establecida. Esta contaba con las siguientes partes:

1. Infancia
 - 1.1. Fecha y lugar de nacimiento
 - 1.2. Estudios y pasatiempos
 - 1.3. Relación familiar
 - 1.4. Allegados participantes en la Guerra Civil

2. Adolescencia - adultez
 - 2.1. Situación en la posguerra
 - 2.2. Experiencia con el franquismo
 - 2.3. Vivencia de la Transición
 - 2.4. Impulso a la política y referentes
 - 2.5. Papel profesional adquirido

3. Actualidad
 - 3.1. Importancia de la mujer en la sociedad
 - 3.2. Labores desempeñadas
 - 3.3. Visión de futuro

La duración de las entrevistas oscila entre los 50 minutos y las dos horas, siendo conversaciones tranquilas y extensas donde las interrogadas daban testimonio de las costumbres, hábitos, anécdotas y aventuras vividas. Además, aportaban ciertos acontecimientos que presenciaron sus familiares más cercanos con anterioridad a su nacimiento.

Con ellas se ha logrado construir el retrato biográfico de seis mujeres que se abrieron paso en la política local cuando la máxima decía quedarse en casa para desempeñar labores domésticas y cuidar de la familia mientras los hombres se ocupaban de las restantes

actividades laborales, posibilitando la entrada de dinero en casa. Empoderamiento y valentía, dos términos que resultaron fundamentales para llevar a cabo su cometido.

3. Testimonios

3.1 Ana María Marchante González

Mi nombre es Ana Marchante y nací en Hellín, un pueblo de la provincia de Albacete, en 1944.

En el seno de una familia humilde, de izquierdas, los tiempos de posguerra convertían la vida en una auténtica película de terror en la que reinaba la ley del silencio.

Pero vine al mundo para ser revolucionaria. De hecho, cuando era todavía una niña, salí a la calle y grité: “¡Viva la República!” sin importarme apenas los problemas que podría acarrear. Mi hermana, que era mucho mayor que yo, fue corriendo a comentárselo a mi padre y este me hizo prometer que

no lo diría nunca más. Obedecí. Desde luego, por aquellos tiempos solo se practicaba el arte de saber callar y obedecer a quienes te lo ordenaban.

Pero tiempo atrás, mi casa y más concretamente uno de sus entrañables habitantes pasó a la acción. Mi padre, Luis, decidió alistarse en las filas del bando republicano para combatir en la Guerra Civil Española. Mientras, mi madre, María del Carmen, estaba en vilo, en una casa con cuatro hijos y trabajando como modista en un pequeño taller de costura. Aunque yo era muy pequeña, me daba cuenta del sufrimiento y de la angustia que nos rodeaban e intenté ayudar en lo que podía.



También necesitaba mis momentos de elusión y solo los tenía cuando jugaba entre niños y niñas en el colegio Isabel la Católica de mi pueblo. Bien es cierto que en esta escuela nos hacían cantar el himno de la Falange Española de las JONS, llamado “Cara al Sol”, en el *hall* justo en el instante de entrar, de buena mañana. Tanto alumnos como profesores. Todos. Y si llegabas tarde y no hacías el canto a la bandera, que se denominaba, te prohibían la entrada. En contraste, mis padres se compraron una radio y por las noches venían mis tíos y vecinos a escucharla, ya que no todas las personas podían permitirse tenerla. Escuchaban una emisora que se llamaba “La Pirenaica”¹ y cuando terminaba el programa exclamaban: “¡Viva la República!”. Esas disparidades las viví con naturalidad, sin ir más allá. Pero cuando te haces mayor y conoces la historia, sus causas y consecuencias, es cuando verdaderamente te duele.

Así pasé parte de mi infancia, hasta que con 11 años me vine a Elche. Mi padre, que era albañil, se trasladó el primero con mi hermano mayor Antonio; mi madre se quedó en el pueblo, pero cayó enferma desde muy joven, ya que con 37 años sufrió un infarto y eso le llevó a estar delicada de salud. Por ello, al cabo de un año, se mudó con mi otro hermano, Enrique. Todos esperábamos que cambiando de aires, se le fuese la preocupación y, quizá, mejorase su salud. Al año siguiente, puse tanto empeño que logré marcharme a la ciudad ilicitana. También poseía el aliciente de ser el ojo derecho de mi padre. Así pues, me instalé en un piso muy acogedor que teníamos entre la zona del Sector V y el Plà, cerca de las vías del tren que había en la ahora conocida como Avenida de la Libertad, dejando a mi hermana Manuela en el pueblo con su novio y cuidando a mi abuela. Sabía que todo estaba en buenas manos.

Una vez en dicha ciudad, me apuntaron al colegio de la Asunción donde estuve poco tiempo, puesto que solo cursé estudios primarios. Aunque era una persona bastante calmada y buena estudiante, con memoria privilegiada, me aparté y enseguida empecé a trabajar en el calzado, sector en el que había muchas vacantes. Pero eso no ha sido inconveniente para seguir cultivándome y hacerme a mí misma. Me encantaba leer y jugar en la calle, pero sobre todo leer. Todo lo que caía en mis manos lo “devoraba”. Por entonces, contaba con recopilaciones de cuentos de hadas, cómics, tebeos... también me gustaba la poesía de Machado y Lorca. Además, aún conservo una colección de poesías

¹ Denominación que recibía Radio España Independiente (1941-1977). Fue una emisora creada por el Partido Comunista de España como una vía de información y propaganda, ya que este tenía prohibida su actividad dentro de las fronteras españolas.

de la lengua castellana. Pero la necesidad llamó a mi puerta y, como ya he dicho, me fui a trabajar para ayudar a la familia, ya que no gozábamos de grandes recursos económicos.

Hasta que con 24 años me fui a Francia, con mi amiga Asunción, de “turismo” y no volví. A la semana ya estaba trabajando en el sector servicios en París y enseguida conocí a Manuel, mi marido, que en ese momento se encargaba de supervisar el aterrizaje automático de los aviones en los campos de aviación, en concreto hacía la instalación eléctrica de estos, lo que nos hizo viajar por varias ciudades francesas como Pau, Tours, Grenoble, Arbonne, Carcasona o Perpiñán. Eso nos ayudó a conocernos más, aprendimos francés, nos aportó ingresos suficientes para subsistir y nos permitió estar durante 15 años en el país galo.

Durante todo ese tiempo conocí a un hombre por cuyas venas corría política pura. De hecho, como su familia era de izquierdas, incluso mi suegro fue capitán de la República, se llegó a implicar tanto en esta que fue encarcelado en España por ser maqui, un conjunto de movimientos guerrilleros antifascistas que empezaron en la Guerra Civil española. Es más, fue condenado a muerte, pero el juez impuso una condena de 15 años de prisión y gracias a los trabajos sociales realizados se le redujo la pena a 6 años. Salió con 26 años del centro penitenciario, pero nadie le prohibió seguir con sus ideales socialistas.

Aunque yo ya era partidaria de la izquierda desde la cuna, con opiniones claras, Manuel, que por cierto era masón, me influyó hasta el punto de meterme de lleno en política y afiliarme al Partido Socialista francés. La mujer en este campo lo ha tenido difícil durante años, pero gracias a estas fuerzas políticas ha ido evolucionando. Por ley de partido, las listas del PSOE han de ser cremallera, igualitarias. Respeto que se ha llevado hasta el actual Gobierno de Sánchez, que es paritario. Pero volviendo a mi época en la región gala, he de decir que allí viví uno de los momentos más importantes para la historia de España: la Transición.

El hecho de que se lograra dejar atrás el régimen dictatorial de Franco y entrar en un período constitucional y democrático fue una alegría bien grande y una victoria para todas las personas en general. Nos enteramos en París y al instante de conocer la noticia, lo celebramos con champán. Después nos fuimos a un “tablao” flamenco que se llamaba ‘El Barcelona’. En ese momento la sensación de júbilo me llegaba por todas partes; tenía mi hermano mayor en Suiza, mi hermana en Alemania; mi otro hermano en España; mis

padres en Elche; la comunicación era constante e intensa por carta, por teléfono... fue histórico y vivirlo en Francia, por ciertas circunstancias, fue especial.

En Perpiñán también conocimos otra de las partes de la historia española que mantuvo durante 24 horas en un inquieto suspenso al país: el Golpe de Estado del 23F. Estábamos viviendo en el edificio de mi cuñado y entré corriendo a avisarles de lo que estaba sucediendo. El momento fue caótico e incierto. Nosotros estábamos mirando la televisión expectantes, pero todo acabó como esperábamos: se impuso la democracia.

En el año 1985 nos trasladamos a Cataluña, ya casada y con un hijo, Luis, a quien le hemos inculcado valores trascendentales como la honestidad y la lealtad. Quizá eso le ha ayudado a estar donde está, trabajando como ingeniero técnico en la empresa Siemens en Getafe. Igualmente mis nietas, Laura y Silvia de 20 y 19 años, han recibido una educación similar y ahora están estudiando Economía y Comercia, y Criminología respectivamente.

En el pueblo en el que nos reubicamos cerca del Pirineo catalán, Sort, localidad conocida por haber sido agraciada en tres ocasiones con El Gordo de la Navidad, todo contrastaba con lo que habíamos vivido antes. Pasamos por allí como un correccaminos, puesto que en pocos meses decidimos mudarnos, ya que teníamos una casa construida en Aramunt, población donde había nacido mi suegra, y de esta forma nos ahorrábamos el alquiler. En un principio íbamos a pasar las vacaciones allí, sin embargo tiempo después montamos un restaurante y un negocio dedicado al turismo rural. Pero no nos olvidábamos de la política, compaginábamos ambas cosas. Así estuvimos durante 14 años hasta que en 1999 oficialmente nos fuimos a Elche, porque prácticamente me siento ilicitana aunque no naciese en este lugar. Es tanto lo que me une a la ciudad que no podía aguantar mucho tiempo más fuera de ella.

En el siglo XXI empecé a desarrollar mi carrera política con más fuerza. Ayudé al Partido Socialista en lo que podía; en las elecciones siempre estaba en la mesa electoral –menos en las últimas del 24 de mayo de 2015, ya que mi marido estaba enfermo y solo acudí para votar-. Esta es la tercera ejecutiva de la que formo parte y gracias a los votos de 263 militantes ocupo el cargo de la presidencia del PSOE ilicitano.

Estoy orgullosa compartiendo mis ideales con gente afín a mí. Ver cómo la política española ha cambiado (a mejor) me envanece aún más. El 15M fue un presagio de lo que hacía tiempo que la sociedad pedía: mayor implicación de todas las personas, incluyendo

con mayor valor a los jóvenes, en unas manifestaciones en contra de las políticas que se estaban llevando a cabo. De ese movimiento social tan importante surgió Podemos, partido de izquierdas, con los que intercambiamos algunas –no todas- propuestas. Somos partidos diferentes, que quede claro, pero gracias en parte a su apoyo se produjo la moción de censura, la primera que ha prosperado en España, al Partido Popular salió adelante. Fue muy rápida, nadie lo espera, pero era muy necesaria, puesto que nos encontrábamos en un punto complicado con todas las tramas de corrupción que se estaban destapando.

Disfruto de y con la política. Prácticamente me paso el día en la sede del PSOE en la calle General Cosidó. No miento. Mi marido, que en paz descansa, me decía: “¡Solo hace falta que te pongan una cama!”. Venía por la mañana, comía en mi casa, volvía y me iba a las tantas de la noche. Pero yo ya tengo una edad. Aunque me encuentro fuerte y gozo de buena salud, yo creo que esta será mi última ejecutiva. Bien es cierto que me veo en política hasta que mi cabeza dé para ello. Nadie quiere que me vaya. Me siento muy querida por mis compañeros, me brindan un cariño inmenso. Se respira un ambiente muy familiar creando un vínculo muy fuerte, difícil de romper y abandonar. De hecho, tengo compañeros que se han convertido en amigos, con los que dentro de poco me voy de crucero. Ahora mismo puedo decir que soy muy feliz.

He pasado por momentos duros, relajados...pero, en general, puedo afirmar que he tenido una buena vida. No me permitiría quejarme. He sido muy querida y protegida tanto por mi padre como por mi marido. Siento que he llevado una vida privilegiada a pesar de los primeros años que fueron ásperos, y de escasez, por la posguerra española. Pero he logrado hacerme a mí misma, me he ido formando y si ha habido una cosa que me ha dado todo ha sido la política porque gracias a ella he conocido a gente que se ha convertido en un pilar fundamental para subsistir. Compensa, y mucho. No hay mejor forma de describir mi vida: una lucha permanente dentro de un camino de rosas.

3.2 Teresa Sempere Jaén

Bien podría decirse que la frase “Ser joven y no ser revolucionario es una contradicción hasta biológica”² representa una de las máximas que concibo sobre la existencia del ser humano.



Nada ni nadie fue un impedimento para que

mi actitud se tornase insurrecta desde bien pequeña. No se malinterprete esto con ápice peyorativo, sino todo lo contrario. Pese a que mi trayectoria escolar fue corta, por mí misma reuní los requisitos imprescindibles para cultivar una base que me diese pie a formarme tanto personal como laboralmente y luchar por lo que creo que es justo.

No pude tener un título como ahora todos tratan de tener, pero me he logrado defender. Escolarizada hasta los 12 años, he pasado por tres colegios públicos: el de doña Maricruz, donde accedí cuando cumplí cuatro años; en medio había otro de cuyo nombre no me acuerdo; y, por último, el de doña Carmen. Siempre he tenido la vocación de ayudar y, por ello, compaginé los estudios en estos centros con mi voluntariado en el convento de monjas, ubicado cerca del Hospital General Universitario de Elche. Junto a las religiosas, ciertos días de la semana caminaba hacia un lugar llamado “La Gota”³. Sor Trinidad, a quien adoraba, me alentó a participar en un teatro para las personas enfermas que estaban en el hospital. De ahí, iba al asilo a hacer pequeñas fiestas para animar a gente de la tercera edad.

Eso me ayudaba a evadirme de algunas costumbres instauradas en casa y que no compartía. Mis padres venían de familias modestas, mi madre vivía en El Raval y mi padre, del Camp d’Elx. Nacida en 1947 en la calle del Asilo de la ciudad ilicitana, poco

² Oración pronunciada por el político socialista chileno Salvador Allende en su discurso en la Universidad de Guadalajara allá por diciembre de 1972.

³ Lugar donde limpiaban y llenaban botellas de leche para los más necesitados.

después nos trasladamos a una casa en el barrio de Altabix, donde convivimos mis seis hermanos y yo hasta que nos independizamos. A lo largo de esos años no tuve una problemática fuerte con mis progenitores. Fui feliz. Mi padre trabajaba siempre de noche en un almacén de verdura, donde pronto intervino para que mis hermanos mayores –no tanto, ya que por esa época tenían ocho años- pudiesen aplicarse, y mi madre laboró durante un tiempo en el calzado haciendo alpargatas; conoció a mi padre y decidió vender verdura en el mercado para ayudarle; pero terminó encargándose de todas las labores domésticas.

Pero quizá estas ideas hicieron mella en la concepción de mujer que tenía mi madre. Puso bastante empeño en que supiera hacer las tareas de casa, puesto que eran “las labores que tenían que desempeñar las féminas”, y sobre todo coser. En mi familia si estudiaba alguien tenía que ser el chico. La chica quedaba supeditada a las funciones del hogar. Mis hermanos mayores me defendían: “María Teresa tiene que formarse y prepararse”. Recibía un apoyo constante por su parte, pero no resultó eficaz. Mi hermano pequeño estuvo escolarizado mucho más tiempo que yo y, sin embargo, no le gustaba estudiar. Incluso en las clases de multiplicar y dividir que nos impartía mi hermano mayor, se aburría.

Cuando abandoné el colegio, mi madre se limitaba a decirme que fuese a comprar cosas que necesitábamos en ese momento y no me quedaba callada sino que le contestaba con un “¡Puede ir mi hermano que está sin hacer nada!”. No entendía por qué mi hermana y yo sí debíamos ayudar en todo y ellos no. No hizo más que impulsarme a una reivindicación necesaria. Por ello, empecé a querer leer todo lo relativo a la igualdad de género aunque también leía novelas como *El Principito* o cuentos de hadas. Me encantaba estudiar y transcribir. De hecho mi madre, me compró una máquina de escribir antigua.

No paraba de formarme, fui a una academia de mecanografía, aprendí puericultura en centros de noche y obtuve el graduado escolar en la Academia Levante. Pasé por un taller de costura; por una gestoría; dando clase en una guardería municipal de Elche; pero sentía una necesidad terrible por luchar para cambiar varias injusticias que salían impunes. Sin ningún tipo de castigo.

En cuanto alcancé la mayoría de edad, comencé a marchar junto a jóvenes de izquierdas por una sociedad más equitativa. Había gente tanto del partido comunista como del socialista. En mi casa nunca se conversó sobre el tema. Mi familia era socialista, pero mi

padre tenía miedo a que me metiera en un lío al verme tan reivindicativa. La razón la encontré en la experiencia vivida. Él estuvo en la cárcel por pertenecer al bando republicano en la Guerra Civil española; primero en un campo de concentración en Madrid durante un año y después fue trasladado al palacio de Altamira, convertido en centro penitenciario por aquel entonces, donde mi hermano iba a llevarle comida. Allí estuvo cerca de dos años, ya que no tenía más delitos acumulados.

Aun así yo seguí mis principios y continué en un viaje que tenía ida, pero no vuelta. No tenía amigos a mi alrededor que tuviesen mis ideales, o al menos no los exteriorizaban. El impulso por participar en actos políticos nació de las relaciones que entablé cuando iba a manifestaciones. Por cierto, mi primera concentración fue a favor de la igualdad y la paridad, aunque hubo otra de mayor envergadura por el volumen de muchedumbre que asistió cuando se celebró el Día Internacional de los Trabajadores en los años 60. Allí estuve con mi primer grupo, cuya denominación, decidida por sus componentes, fue Asociación de Amigos por la Democracia, que congregaba tanto a gente de izquierdas (socialistas y comunistas) como de centro. El hecho de que tuviese contacto con gente de partidos variados, sorprendía a varios, destacando Frasquita⁴, mujer importante en la política ilicitana, quien me acusó de ser comunista y convivir con mi familia socialdemócrata. En mi casa me respetaron y despejaron cualquier sombra de pecado. Un tiempo después, me incliné por el socialista. Conservaba más ideas afines a dicho partido.

Entre evento y evento, conocí a mi primer marido con el que me casé a los 22 años. Aparte de la diferencia salarial entre hombre y mujer, me indignaba que a la hora de contraer matrimonio tenía que firmar con el número de cuenta del cónyuge masculino, aun si tu estabas trabajando en plenas facultades. No tenía ni pies ni cabeza. Ahora menos.

Cuando nació mi primera hija, yo tenía 24 años, y la eduqué sola, ya que el padre se fue de casa durante 6 meses. Un tiempo después, retomamos la relación y me fui a vivir a Barcelona, puesto que él no quería venirse a Elche. Allí me quedé embarazada de mi segunda hija, pero el idilio, de nuevo, se torció. Perdí el contacto con mis seres queridos, quienes no podían ni verlo. A pesar de todo, volví a la ciudad de las palmeras, y él, conmigo. Estuvimos unos años más juntos, pero era un amorío destinado al fracaso. Desde siempre he estado separada. No me arrepiento. Me gustaba estar así. Si hay algo

⁴ Frasquita Vázquez González (1907 – 1993). Militante de PSOE y UGT. Ocupó varias Consejerías del Ayuntamiento de Elche, entre ellas la de Beneficencia y Sanidad; Festividades y Espectáculos. Fue presidenta de honor de la Agrupación Socialista Ilicitana hasta su fallecimiento.

que valoro de mi enlace es el nacimiento de mis dos hijas, quienes me han dado un tesoro de incalculable valor como son mis cuatro nietos. Fui yo quien apostó por la libertad en su sentido más amplio.

Tras estos momentos más que duros, lo intenté afrontar con la mayor valentía y naturalidad posible. Por ello, me llevaba conmigo a mis hijas pequeñas a la antigua sede del PSOE, situada en la calle Poeta Miguel Hernández, y muchas veces se quedaban dormidas, porque las reuniones se organizaban de noche cuando más gente podía acudir. Me solía llevar a mis niñas pequeñas de aquí para allá, justo para que no extrañasen la ausencia de sus padres, aunque lo cierto es que cuando me tocaba viajar, por temas de agenda, a Madrid ellas se quedaban al cuidado de mi madre y mi hermana, que vivían cerca de mi casa ilicitana.

Pocos años después de dar a luz a mi primera hija y antes de legalizarse los partidos políticos en 1976, me afilié al Partido Socialista. La mayoría de miembros pertenecía a familias convencionalmente laboristas. Allí establecí lazos con un conocido político ilicitano, quien fue alcalde entre 1995 y 2007, Diego Maciá. Antes de morir el dictador español ya empezamos con los movimientos para combatir las desigualdades.

En 1975 se produjo el fallecimiento de Franco y me perturbaba la incertidumbre que trajo consigo. Fueron momentos de no saber qué iba a pasar, pero luchamos por el cambio de rumbo de España y, por suerte, fui partícipe, junto a grupos de jóvenes, de la Transición. Nos inundó una alegría tremenda y seguimos trabajando por mejorar el futuro. Uno de los temas candentes era el papel de la mujer en la sociedad. Desde jovencita noté como las féminas estaban destinadas a una labor y los hombres a otra, salvo las clases más adineradas que estudiaban los dos por igual. Pero existía una clasificación por sexos: los chicos estudiaban y a las mujeres se les asignaban las tareas domésticas. Y en mi casa, por cultura y costumbre, se tomaba como referencia estos principios.

Aun así, se desprendía un rayo de solidaridad, ya que, por primera vez en años, hubo consenso y diálogo. Se juntaron todos los partidos para hacer de la Constitución, un documento que favoreciese los derechos de la gente. Pero no fue hasta que llegó la izquierda que se volvió a coger el principio de “trabajo por la democracia”. Desde Felipe González se formó la transición más progresista, con políticas de izquierdas, pero de verdad.

En el terreno local, comencé como concejal socialista tras la celebración de las primeras elecciones municipales de España en 1979; llegando a ser primera teniente de alcalde. En el Ayuntamiento he estado cerca de 30 años consecutivos, compaginándolo con el trabajo de diputada nacional durante dos legislaturas (IV y V). He de admitir que mi vocación se inclinaba más por la municipalista que por la generalista, pero acepté igualmente la elección para participar en la cámara del Congreso. En 2004 volví a la carga y fui presidenta de la ejecutiva local de Elche en 2004. Mi labor siempre ha sido la de estar en contacto con los ciudadanos y las juntas vecinales de cada barrio, sin descuidar las partidas rurales de la ciudad, hablando, intentando resolver sus dudas y problemas. Era mi motivación y estimulación para seguir trabajando; hasta hace ocho años cuando dejé mis cargos políticos.

El nacimiento del segundo progenitor de mi hija hizo que me replantease mi situación. Ella no tenía quien le echara un cable y me dije que “ya era hora de dejar de lado mi trabajo”. Me sentía culpable de la distancia y tiempo perdido con mis hijas cuando las tenía que dejar a causa de mis compromisos gubernamentales. Me prometí no volver, pero no resistí. En 2012, justo un año después de mi retirada, recibí una llamada de Ximo Puig, presidente de la Generalitat Valenciana, quien me pidió ser parte de la remodelación del PSPV-PSOE y tomé su palabra, aceptando la presidencia de esta federación. Hasta el año 2017 que decidí no continuar al frente del cargo. Pensé que el momento requería una renovación. Al fin y al cabo, me he dedicado de lleno toda la vida a la política, más activamente desde el año 1976, llevando diferentes áreas políticas (Limpieza, Fiestas, Cultura, Juventud, Hacienda, etc.), y forma parte de mi razón de existir, pero la vida avanza y evoluciona.

Suelo pasarme por la sede municipal los martes y otros días sueltos, ayudo con la campaña electoral. Le debo mucho al partido, he formado amistades inquebrantables, lo que aprendí en política fue gracias a este donde se impartían jornadas de formación... Pero es tiempo de descansar, dejar paso a las nuevas generaciones, de las que espero que sepan mantener el respeto, la paz y la convivencia; no se dejen llevar por extremismos, que no llevan a ninguna parte; y no abandonen la defensa de una pensión digna, los problemas del sistema educativa, el avance de la mujer, entre otras cosas; y ahora, por fin, dedicarme a cuidar y compartir tiempo con mi familia.

Me llevo la gran experiencia de haber podido servir a mi ciudad, cuyo sentimiento es inexplicable, y haber conocido a personas maravillosas. El poder devolver la ayuda, que he recibido durante mi vida, resulta muy satisfactorio.

3.3 María del Carmen Baeza Vega

Entre las calles de la ciudad de Murcia, conocida por su peculiar expresión “acho”, sus Fiestas de la Primavera o su jocoso uso del limón para aliñar todo tipo de platos como las patatas fritas, los calamares e incluso el pan, nací en el año 1941 entre las



paredes de una casa cristiana, cerca de la Plaza de Toros, con las dos hermanas de mi madre. Siempre solíamos estar rodeadas de un gran ambiente familiar, lo cual hizo que mi infancia se tornase en una de mis épocas de oro.

Mi madre, Carmen Vega, se encargaba de las tareas de casa, mientras que mi padre, Carmelo Baeza, era torrefactor y poseía un almacén donde vendía al por mayor el café como producto final. Por aquellos años se estilaba ayudar a tus padres con las labores domésticas o bien en las fábricas, pero mis progenitores me motivaron a seguir estudiando. Me eduqué junto a mis cuatro hermanos (Juan, Pepe, Kike y Alberto) en el colegio Santa María del Carmen⁵, donde también me comulgué cuando cumplí cerca de siete años.

Como estudiante, se puede decir que no era ni muy buena ni muy mala. Me refugiaba en mis silencios, por mi timidez. Aunque hubo una vez que me castigaron por copiarme, ya

⁵ Colegio católico fundado en 1913 por la Congregación de las HH. Carmelitas de Orihuela, quienes ubicaron la escuela cerca del Cuartel de Artillería de Murcia.

que quería terminar los ejercicios pronto para poder jugar más tiempo, y tuve que llevar unas orejas de burro a la vez que paseaba por toda la clase. Mi pasión no se encontraba en las aulas de aquella escuela sino en otra.

Fácilmente me cohibía. Lo pasaba mal de pequeña, pero llegó mi madrina Fuensanta, quien me hizo no serlo. Me ayudó mucho con sus consejos y fue quien me animó a desarrollar mi afición por la música y la danza, comenzando por asistir a conciertos y espectáculos cuando tenía cinco años. A esa edad, me apunté a baile en la escuela de Enriqueta Ortega, catedrática en Alicante y cuya influencia en mí hizo que crease un certamen en su honor, y cuatro años más tarde accedí al conservatorio de Arte Dramático, Música y Danza de Murcia. Durante seis años mi rutina vespertina se basaba en pasar las tardes en dicho sitio. Próxima a los 17 años, termino la carrera y se me ofreció ayudar a dar clases allí. Acepté con entusiasmo. Esto me permitía, gracias al título que me otorgaron, examinar a las bailarinas. Estaba en mi salsa, sumergida en un sueño del que no quería despertar.

Pero lo hice (a medias). Corría el año 1959 cuando una amiga y yo decidimos acudir a una fiesta de Elche. Ella tenía unos tíos que trabajaban en Tejidos Palazón, en la calle Corredera, en frente del fotógrafo Monferval⁶. En aquella velada conocí a mi marido, Fermín Alemañ, quien me sacó a la pista de baile en l'Hort de Baix, lugar que empezaba a despuntar contando con la presencia de grandes artistas como Raphael o Dúo Dinámico. Todo ello en una época donde, por ejemplo, en Murcia no se estilaba que un chico te sacase a bailar así porque sí, sino que tenían que presentártelo con anterioridad. Por suerte, esa noche se produjo un flechazo entre nosotros.

Tristemente en unos meses él se iba a hacer el servicio militar, la “mili”, a Paterna (Valencia), pero mantuvimos nuestra relación mediante cartas diarias durante casi cuatro años. Aun separándonos cierta distancia, nuestro amor era idílico. Ya en 1962, con 21 años, decidí dar el “sí, quiero” en el templo parroquial de San Lorenzo en Murcia. No tenía coche, ni moto, me iba a ser muy difícil entrar en una vida nueva sin apenas ver a mi familia por temas de transporte, pero le prometí a Fermín irme a vivir con él y así lo hicimos. Nos instalamos en un piso en la antigua carretera de Aspe de Elche, donde tuvimos a nuestro primer hijo, José Alberto, en 1964. Entretanto mi suegra estaba

⁶ Julio Fernández Parreño (1925 – 2009). Famoso fotógrafo ilicitano que inmortalizó la ciudad de Elche durante los años 40 y, además, fue concejal de Obras en la Corporación de Vicente Quiles.

construyendo un edificio, con un piso para cada hijo, cerca del Puente de Altamira, donde posteriormente nos mudaríamos y tendríamos nuestros dos últimos hijos, Francisco Javier y Sergio.

Mi marido comenzó a trabajar en la tienda de comestibles, que había debajo de casa, con su madre y también se dedicaba al calzado. La vida no nos podía sonreír más. Nos iba bien aun siendo tiempos de posguerra. No sufríamos de vandalismo, ni de ningún problema. Podíamos salir a la calle y sabíamos que nadie nos iba a robar. Y si lo hubiesen hecho, las consecuencias hubiesen sido peores. Pero había mucha gente que lo pasó mal por sus ideales, por las que me niego rotundamente a volver a una dictadura. Por ella murió mi suegro Alemañ, dirigente comunista. Así pues, decidimos limitarnos a vivir, si bien no teníamos miedo.

Subida al carro de la aventura, no podía dejar de lado la mayor ambición de mi vida, es decir, el baile. Me tiré a la piscina y contacté con Marisol Pérez, profesora de una pequeña academia, quien dejó el oficio después de contraer matrimonio y logré que me dejase el espacio y ciertos materiales de su grupo. Así pues, abrí la primera escuela de ballet clásico profesional en la ciudad, rechazando la oportunidad de impartir clase en el Conservatorio Superior de Danza de Alicante con la meta de dedicarme de lleno a la enseñanza de mi especialidad en Elche.

Y eso hice. Traspasé la escuela a un entresuelo con un espacio mayor, enfrente de la iglesia de El Salvador, donde me costó mucho que la gente accediese, ya que no se tenía por costumbre apuntarse a tal disciplina. Llegó un momento en el que me sentí muy observada cuando iba a dar clase, en el punto de mira, incluso me preguntaban que si iba de boda por lo emperifollada; y pensé que quizá esto influía a la hora de confiar en mí. Fue un espejismo, porque todo fue viento en popa durante 30 años hasta que por un problema en el dedo del pie tuve que abandonar todo. Pero lo dejé en buenas manos, puesto que antiguas alumnas, como Mari Carmen Serrano, quien acabaría por ser la directora, Susi Soler o Marga Alemany, me ayudaron para que la academia siguiera a pleno rendimiento.

No solo tenía la danza como hobby, sino que se podría decir que a mí siempre me había interesado la política en el sentido de que me considero idealista. Soy una persona muy creyente, me viene de familia. Me propuse luchar por hacer de esta una sociedad mejor. Mientras estaba ejerciendo de profesora de baile, me lo planteé. De hecho, me hice

afiliada mientras estaba Manuel Ortuño como presidente de Alianza Popular en Elche en los años 80.

Por aquellos años, España salía de una dictadura y entraba en un proceso de transición, que fue un período para recordar. Estábamos en el cine Alcázar de Elche cuando cortaron la película para decirnos que Franco había muerto. Un estupor general ensombreció la sala. ¿Qué pasaría después de aquel acontecimiento? Inesperadamente se instauró la democracia parlamentaria. Me llenó de alegría. ¡Quién diría que los partidos políticos se pondrían de acuerdo para establecer un marco constitutivo en el país! Tanto socialistas, como populares y comunistas remaron en la misma dirección después de la trágica Guerra Civil y la miseria de la posguerra. En parte doy gracias al Rey, porque en última instancia tenía la decisión de continuar o cambiar de régimen. Por ello, en parte, me duelen las críticas hacia la monarquía. Fue histórico aquello y, si algo tenemos que hacer como ciudadanos, es respetar a la dinastía reinante en España.

Ahora se están pasando de la raya. Pecamos como sociedad avivando las llamas en un clima de tensión permanente y creciente, porque igual que se les reprocha a los políticos ciertos deslices, también hay que hacerlo con el comportamiento de algunos medios de comunicación. A la ligera, sin comprobación, lanzan órdagos que perjudican gravemente al expuesto. Y recordemos que también tiene familia. La persona crucificada ha podido equivocarse. Es de humanos. Claro que la Constitución está para cumplirla, el Código Penal también y así vivir en paz y armonía. Pero en ciertos casos, suele pasar que después la persona sale absuelta y no dedican tiempo a rectificar -aunque el dolor ya se haya ocasionado-. Hace falta humanidad.

Asimismo, algunos colaboradores se dedican a insultar y acusar duramente a políticos en las tertulias televisivas dedicadas a este ámbito o bien en sus respectivos debates. Hay que defender y exponer ideas, pero siempre con una mínima consideración por delante. Es por ello, que cada vez veo menos programas como “Al Rojo Vivo” y más documentales de La 2 de TVE, donde suelen emitir resúmenes de fiestas tradicionales de España, lo cual me llena de orgullo. Todas sus regiones tienen algo que decirte. Sus tradiciones, hábitos, costumbres tan diversas...revaloriza en mí ese sentimiento de ser española de corazón, de verdad. ¿Por qué tenemos que entrar en disputas absurdas, como en Cataluña, cuando claramente si algo está fuera de la ley no se puede consentir? ¿Por qué cuesta tan poco ofender a los fieles de una religión y actuar con excesiva crueldad

contra estos? La unión hace la fuerza, ¿no? Pues hagámoslo. Igual que nos juntamos para protestar por una sociedad más igualitaria.

Tanto los hombres como las mujeres han de tener los mismos derechos y oportunidades, por ejemplo, a la hora de acceder a un puesto de trabajo, donde se valora a los candidatos por sus méritos no por su sexo. Estas son un pilar fundamental, importantísimo, y no han sido valoradas como se debía. Y, parcialmente, hoy en día hay sectores de la colectividad que no lo comprende. Es aberrante ver en las noticias como día sí y día también mueren chicas por la violencia machista.

De este y otros temas debatimos en las asambleas que se realizan dos veces al mes en la sede del PP. Nadie se ofende, porque la mayoría de las reflexiones se plantean desde la admiración y la tolerancia. No se comparten razonamientos, pero se respetan. Conozco a muchísima gente de otros partidos y, creencias aparte, son personas maravillosas. Hay gente muy joven, muy buena y muy preparada para ocupar puestos, en los que saben que van a estar bajo el foco constantemente, bajo en el punto de mira, pero que tienen un don para defender sus ideas y llevarse las críticas a un terreno condescendiente. Por eso, no aceptaría ser concejal. Siempre he preferido mantenerme al margen, más bien ayudar; pero por las circunstancias me ha tocado estar en la Ejecutiva durante algún tiempo. También estuve como vocal, representando al PP, en la Junta Rectora del Instituto Municipal de Cultura en 2007 cuando el PSOE de Alejandro Soler gobernaba en el terreno local ilicitano.

Al año siguiente, en 2008, cuando se avecinaba la jubilación, me sugerí seguir prosperando en el mundo del baile. Sabía que tenía tablas para la enseñanza, ya que había impartido música durante casi nueve años en el colegio Altozano de Alicante y había recibido cursos como profesora en la Royal Academy of Dance de Londres (RAD). Aunque si bien es cierto que llegué a actuar en Cannes con el maestro catalán Ferrán, en “El Lago de los Cisnes” en Barcelona con Joan Tena, conocido coreógrafo y bailarín catalán, y con otros muchos bailarines en Murcia, siempre me había dedicado a la docencia más que a pertenecer a un elenco de baile. Por lo tanto, solo hacía falta emprender. Entonces, tuve que rendir cuentas con el alcalde Soler para que me ayudase y me dejara un espacio. Muy amablemente aceptó mi propuesta y l’Escorxador fue el sitio elegido para que viese el nacimiento de mi ambicioso proyecto. Fundé la asociación de ballet joven “Illidanç Classic”, de la cual soy presidenta, con el objetivo de preservar el valor de la danza clásica en Elche y motivar a quienes sean partícipes (alumnos y

profesores), ya que antes tenían que abandonarla si querían seguir estudiando esta especialidad.

Había muchas escuelas dedicadas a este arte en la ciudad, pero suelen decantarse por una mezcla de estilos: moderno, contemporáneo, latino, hip hop, urban...pero ninguna se centraba en un tema en concreto. Por consiguiente, aposté fuertemente por llevar adelante mi plan, sin ánimo de lucro, y me salió bien. Mi ballet está compuesto por entre 35 y 40 miembros, algunos provenientes del Conservatorio de Murcia y de Alicante. Hay profesoras de estos que, sin dudarlo, me han prestado su ayuda como Leticia Ñeco o Elvira Santa María. Gracias a todo el elenco, hemos realizado funciones en el Teatro Circo de Orihuela o en el Gran Teatre d'Elx como "La nena baila", "La bella durmiente" o "Cascanueces".

Esto es lo que ocupa la mayor parte de mi tiempo. Y me encanta. Este arte es educativo, te aporta fuerza y disciplina, dominas tu cuerpo, te evades de otras cosas, te transmite saber estar, entre otros muchos valores. Una lástima que la técnica clásica cueste de integrar tanto en España. Me encantaría que tuviera mucha más difusión y que más gente la pudiera disfrutar tal y como yo lo hago cuando, por ejemplo, estoy en casa y suelo ver actuaciones de danza clásica. Me alegra. Siempre que me acuerdo visualizo los trabajos de una de las mejores parejas de ballet de la historia, Rudolf Nuréyev y Margot Fonteyn, que fue presidenta de la RAD. Y así paso los días. Pensando en familia, política, danza y, para más inri, formo parte del Patronato Rector del Misteri d'Elx. Pero no me quejo, me considero una afortunada.

3.4 Charo Pérez Gómez

Nueve son las comarcas que forman la provincia de Alicante. En el extremo sur de esta, limítrofe con la Región de Murcia, se encuentra el Baix Vinalopó, conocida también por el nombre de Vega Baja. Popular por ser denominada la zona de



regadío más importante del área alicantina, obtiene su riqueza gracias al agua proveniente del río Segura. A la ladera de este afluente, que discurre también por Jaén, Albacete y Murcia, se alza mi pueblo, Formentera del Segura.

Allí, un 28 de mayo de 1945, nací y crecí junto a las mejores personas que podía tener al lado: Rosario “La Cacarina” y Pepe “El Perdi”, mis padres. De ahí, que me llamasen Charo “La Perdigona”. Nobles y bondadosos. Fueron el ejemplo perfecto de tenacidad y perseverancia ante los enigmas que presentaba la supervivencia de los años próximos. Hace nueve años sufrí un duro revés. La luz de mi hermano Francisco “El Perdigón”, compañero de batallas, se apagó. Uno de los más íntimos apoyos, ya que mis dos consanguíneas fallecieron siendo pequeñas por causas que desconozco.

Toda mi familia decidió establecer, o más bien consolidar –como era tradición-, su base en el pueblo. Vivimos en una casa de dos plantas cerca de la carretera y justo detrás teníamos la vivienda de mi abuela. Las noches de Navidad siempre las celebrábamos allí y después nos dirigíamos a misa todos juntos. No había miedo durante la época franquista, dejábamos las ventanas y puertas totalmente abiertas. El que la hacía la pagaba. Pero en mi casa no hubo problema con ello. Éramos personas sociables, y parte de mis afines igual. Les traía sin cuidado el tema.

Mi padre se dedicaba a la venta de abono, la compra de trigo y algodón...era un hombre que se inmiscuía entre las distintas facetas de la agricultura; mi hermano apostó por el

sector de los transportes, conduciendo camiones; y mi madre, como era común por aquella época, se le asignó la ocupación de ama de casa. Valores, educación y, sobre todo, me inculcó la importancia de coser y bordar. Tuvo bastante paciencia con lo intranquila que yo era. Eso sí, hacía comidas y dulces dignos de una chef de varias estrellas Michelin. Extraño era el día que no sentías gran placer al meterle bocado o cucharada a una de sus delicias. De hecho, recuerdo con máxima nitidez el día que el cura del municipio se presentó en mi casa y ella le cocinó unos salmonetes al horno. Enseguida este declaró de buenísima gana que “nadie se los comiese, que él solo se bastaba para terminar con aquel manjar”.

Mientras tanto, yo disfrutaba llenando mi libreta de dibujo con mis “garabatos”. Me apetecía explotar mi faceta artística. Además, me llamaba la atención la función de la máquina de escribir. Tristemente no teníamos mucho más a lo que aferrarnos para distraernos después de una intensa jornada escolar. Allí descargábamos toda nuestra locura. Existía un solo colegio, actualmente denominado Juan Carlos I, donde las trastadas e inocentadas sucedían continuamente. Los profesores carcajaban bastante. Éramos pequeños y nos dejaban hacer, porque comprendían la importancia de jugar en aquel lugar (¿dónde lo haríamos sino?). Nos conocían por los “mocos”, que se atrevían a asustar a sus compañeros poniéndole una especie de calavera en las mochilas.

Esta pillería venía de mi padre, quien se convirtió en mi ojo derecho. Lo daba todo por la familia. Siendo pequeño mi hermano, fue a cruzar la carretera, que no estaba asfaltada todavía, y se quedó a metros de ser atropellado por un carro de caballos. Entonces ocurrió un grave percance, que acompañó durante el resto de mi vida a mi progenitor. Este se lanzó a apartar a su hijo, para que no fuese arrollado, con la mala suerte de que le alcanzase la varilla de freno del carruaje y se le clavase en el pecho. Inmediatamente le operaron, quedándose sin un pulmón y parte de las costillas.

Acudía al preventorio⁷ varias veces al mes. Yo lo llevaba con la moto, sin haber obtenido el carnet de conducir y sin que me llegasen los pies al suelo. Por suerte mi padre conocía a los guardias civiles que patrullaban por allí. En una de las ocasiones, pasamos por delante de ellos y me dijo que “me metiese por el costao”, refiriéndose a la parte de la carretera donde estaban las acequias. Él arrastraba los pies por la tierra y esto producía una gran polvareda, dificultando el trabajo del cuerpo policial. Guasa, mucha guasa. Él

⁷ Edificio destinado a prever el desarrollo o propagación de afecciones.

tenía facilidad para relacionarse y, además, era uno de los pocos en poseer un coche. Por ello, la guardia civil lo buscaba, con el objetivo de ayudarles a llevar a detenidos durante la posguerra española.

Cuando falleció mi padre, yo tenía tan solo 14 años. A esa edad abandoné el colegio para ocuparme de la recogida de algodón en nuestra particular huerta. Me montaba en el caballo o la vaca, que ayudaban a pisar la tierra, y ese era el resumen del trabajo en mi adolescencia. Asimismo, lo compaginaba con mi cometido en la fábrica de conservas del vecindario. Con 19 años recién cumplidos, mi madre y yo decidimos cambiar de destino y nos mudamos a Elche en busca de mayores oportunidades. Mientras tanto, mi hermano emigró a Alemania junto a su mujer.

En la ciudad ilicitana todo era distinto. Los aires de libertad con los que se salía fluían por su ausencia. De todas formas, mi intención no tenía nada que ver con esa sino la de buscar faena. Precisamente en unos días, ya me hallaba sentada como aparadora en una fábrica de calzado de Altabix. Después de un corto periodo en ella, contacté con la empresa de zapatos de Viviano Alarcón, situada en la Plaza de España, cerca de la actual sede del Partido Popular de Elche. Seguía teniendo poca idea de ello, pero me amoldé y terminé fabricando muestras para tiendas de Palma de Mallorca. Terminaba la jornada aturdida –ni más ni menos que nueve horas frente a la máquina de aparar-, pero resultaba amena gracias a las amistades que se entablaban, cuyas tertulias sociales y de ocio llenaban el espacio de un peculiar jolgorio. Así pasé nueve años hasta que, cerca de 1973, me examiné para ser policía.

En el Ayuntamiento, examinando para entrar como miembro de seguridad, estaba la célebre “Angelita”, quien me preguntó, entre varios asuntos, por nombres de escritores y enumeré muchos hasta el punto de ocupar una página entera. Uno de ellos fue Gustavo Adolfo Bécquer. Me resultó tan extraña la cuestión que se me ha quedado bien marcada en la memoria. Tras superar varias pruebas, entré al cuerpo de la Policía Local de Elche, donde había 5 o 6 mujeres a lo sumo –gran diferencia con la actualidad, ya que supera la cifra de 80-, provocando un tremendo alboroto en mí que prosiguió durante años. Mi buen trabajo como agente me valió para que fuese posible la concesión de distintos reconocimientos por parte de la institución gubernamental, entre otras. Mi casa está llena de placas conmemorativas. De hecho, tengo un armario de cristal abarrotado.

Guardo anécdotas de todo tipo de esta época. Pero siempre se me vendrán a la mente dos. La primera se trata de una persona, con síntomas de haber ingerido sustancias, que había aparcado un coche encima de la acera de la calle Barrera. Llamamos a la grúa, y en cuestión de momentos, se dio cuenta. Salió apresurado de un local y se subió al vehículo con ciertas dificultades. Arrancó, metió la marcha y nos embistió. Al apartarme, mi dedo resultó herido. Me tuvieron que poner una férula en una clínica de Ciudad Jardín, pero las molestias no cesaron. De hecho, sigo sintiendo dolor, sobre todo en invierno. No obstante, lo soporto bastante.

Otra cosa aparte son los episodios protagonizados por una ingente cantidad de insultos. Durante unos años, conduje la grúa municipal. En una ocasión paré en la calle Camilo Flammarion para proceder a remolcar un automóvil cuando el dueño, con aires de grandeza, afirmó que era amigo del alcalde –en ese momento estaba en el cargo Diego Maciá- y que lo iba a llamar para aclarar la situación. A este le respondí adecuadamente: “Me parece muy bien, pero si quiere el coche tiene que pagar el enganche y la multa. Llame a quien usted crea conveniente”. Era obvio que llevaba las de perder y, finalmente, lo abonó.

Dos años después de mi entrada al cuerpo, en 1975, fallece el dictador español Franco. En ese momento nos vimos acongojados por el clima de tensión que se aventuraba. Nos turnábamos para descansar en nuestra oficina. De una forma similar se vivió el golpe de Estado de 1981 (23F). Me hallaba de servicio en Cartagena. El teléfono sonó y apresuradamente mi compañero y yo tuvimos que abandonar nuestro cometido para dirigirnos vertiginosamente a Elche. Un recorrido en el que se suele tardar 90 minutos, lo hicimos en cuatro largas horas. Cada pocos kilómetros había controles policiales y, por seguridad, nos detenían. Pero fueron segundos, ya que enseñando la placa de agente te permitían el paso contestando: “Tira, tira deprisa”.

En cuanto llegamos a la urbe ilicitana, nos reunimos en el emplazamiento de la Policía Local, cerca del río Vinalopó, a las 19:00h. Llamé a mi madre para avisar de la situación y para pedir su colaboración, puesto que, después de unas horas, fui consciente de la falta de indumentaria para los días posteriores. Fueron 48 horas de desasosiego, sin apenas poder movernos de ahí. Yo cumplí con mi labor en la emisora. La mesa temblaba. Tenía todas las emisoras operativas y se escuchaban los tanques patrullar. Me sobrecogí por el revuelo formado al igual que mis compañeros, quienes permanecían en alerta y no pegaban ojo por lo que pudiese ocurrir. Recuerdos, que forman ya parte de mi pasado.

Y es que la vida se divide en etapas. Hace casi una década me jubilé debido a que no podía continuar en la brigada policial. La eché de menos. Y lo sigo haciendo. Mucho más después del fallecimiento de mi hermano y mi madre. Mi rutina era la siguiente: me levantaba normalmente a las 07:00h; desayunaba; me venía al grupo popular hasta las 13:00h; comía en la cantina de la policía; patrullaba; y solo pisaba mi casa para dormir. Era normal que durante mi primer año de retiro, descolgara el teléfono a la costumbre de “Policía Local, dígame”. Fueron cerca de 36 años trabajando. Pero yo deseaba más. En efecto, pedí poder reengancharme, no obstante las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado no me lo permitieron.

Y, efectivamente, como un ser dinámico e inquieto que me considero, decidí emprender otro camino distinto al que llevaba: formar parte del Partido Popular ilicitano, en esta ocasión de una manera más activa. En 1986 me afilié al Partido Popular de Manuel Ortuño, proporcionándole mi apoyo, pues tras mi jubilación podría dedicarle mayor tiempo y empeño.

He asistido a muchas conferencias y mítines durante el siglo XX. En los años 80 presencié, por primera vez, una de las conferencias de Manuel Ortuño en la Plaza de la Glorieta de Elche. Ahora ya no suelo ir, porque he sido operada de la pierna un total de siete veces y ello me complica acudir a eventos, más bien los organizo. Siempre y cuando lo requiera la formación, contacto con gente para reunirlos en el espacio asignado, sin embargo esa obligación no se me ha impuesto.

Mi labor actual es la de abrir la sede del PP, atender a las personas que vienen de la mejor manera posible y si sucede algo llamo a quien corresponda para ponerles sobre aviso. Soy recepcionista, porque quiero, me gusta y me hacen sentir cómoda. Asimismo, como jubilada que soy, es una forma de distracción, ya que conversas con diferentes sujetos a lo largo del día. Esta es la casa de todos. Antes me marchaba por la tarde, pero le dije a Pablo Ruz que no estaba en buenas condiciones para alargar tanto la jornada. No aguanto, así que suelo terminar sobre las 14:00h. Luego, por la tarde, abren ellos.

Y no, no cambiaría mi función dentro del partido. No me gustaría, por ejemplo, entrar en la ejecutiva local y optar a una concejalía. Nunca la he querido. Sé lo impulsiva que soy y me perdería. Efectivamente tuve la oportunidad con Mercedes Alonso, con quien mantenía una preciosa amistad, de entrar en la lista electoral, pero le manifesté mi

negación. Aun así, me puso de las últimas. Pero sabíamos que la probabilidad de salir como edil era muy baja, casi nula.

Tanto mi madre como mi hermano apoyaban al PP. Ellos siempre afirmaban que “en todos los partidos se cocían habas”, pero no pensaban por ello apartarse de sus principios y cambiar de formación; los que lo hagan mal, que lo paguen, porque ante la justicia a todos se nos debe de juzgar por igual. Sin embargo, esto no debería empañar el trabajo de todas las personas que la conforman, entre ellas yo.

Así soy feliz, pero no me disgustaría volver a Formentera del Segura, el pueblo que me vio nacer. Aunque voy muy a menudo a ver a mis amigos de la infancia, añoro la diaria sensación de frescura que siento cuando regreso a las que fueron mis raíces.

3.5 Mercedes Planes González

Al sur de la zona del Salvador, cuna de artistas y antiguas industrias alpargateras, se alzan los cimientos del barrio ilicitano de El Raval. Allí, en el seno de una familia humilde y sufridora, nací en el año de 1944.



Mi padre Juan, hombre de izquierdas y republicano, no podía quedarse en casa cuando estalló la Guerra Civil. Se decidió por participar contra el bando nacionalista. “¡En qué momento!”, me contó mi madre María, ya que todos sabemos las consecuencias que tuvo el conflicto. Dentro del caos establecido, mi padre fue detenido y encerrado en prisión durante cuatro años en una cárcel de Jaén. Cerca estuvo mi madre, pero no como prisionera, sino a la espera de que pudiese salir mi padre. Tras cuatro largos meses escondida en una chabola, al lado de un olivo, y con tres hijos, ella tuvo que abandonar el lugar, porque falleció un hijo de a causa de una grave tuberculosis.

Cuando salió del centro penitenciario, la situación de familia no mejoró. Pasamos muchas necesidades, habiendo de racionar la comida. Éramos nueve hermanos en una casa compartida con una vecina. Dormíamos tres en una cama y los otros en colchonetas. Mi padre trabajaba —y no poco— en una fábrica de calzado, situada en Huerto Ripoll, mientras que mi madre era ama de casa. Pero bastante tenía con tantos hijos. Asimismo, mis hermanos empezaron desde muy pequeños a ocuparse de varias labores en la misma empresa de mi padre. Nada de estudiar. Ningún hijo. Había que traer a casa dinero para lograr subsistir. Y con esa idea, a la edad de ocho años, me fui con mi progenitor a dicha factoría.

Las veces que coincidíamos en el pequeño descanso que teníamos, mi padre nos intentaba educar. Eso sí, en ciertos aspectos. Nunca nos ha inculcado valores políticos, ni a mí ni a mis hermanos. Él tuvo que aguantar y tragarse su orgullo, ya que le tocó trabajar de camarero en la recepción del ministro Solís⁸ en Elche. Mi madre, por su condición de analfabeta, no se metía en esas cosas, pero él era un hombre inteligente y luchador, sin miedo. Mi padre cogía un zapato o alpargata y se iba al Sindicato Vertical⁹.

Cuando empecé a tener mi autoridad, entre los 13 y 15 años, comencé a informarme sobre el tema político. A ello me llevó la experiencia de mi familia. Mis tíos habían sido asesinados en combate por el bando nacionalista y mi abuelo me contaba cosas que me daban tal repugnancia, pero a la vez me revelaban cosas que me hacían abrir aún más los ojos. Una de ellas me hizo especialmente daño y me marcó. La Falange y otros organismos de orden público impusieron a mujeres republicanas ingerir aceite de ricino, como una forma de humillar y “distinguir las”, provocándoles diarreas con un purgante. Así las “paseaban” por las principales calles de las poblaciones “liberadas”, en ocasiones acompañadas por la banda de música del pueblo.

Pasaba mucho tiempo con mis abuelos, quienes me transmitieron su sabiduría y me explicaron que la crueldad venía de todos lados. Había que resistir. No había otra opción. Me decían: “Trabajar y ganar dinero, o miseria. Tú eliges”. Me dejé aconsejar y seguí en la fábrica, donde los encargados nos explotaban. En Huerto Ripoll milagrosamente fui dada de alta, pero se producían muchas irregularidades. Yo no las he consentido, pero sé de gente a la que, por ejemplo, le pedían que hiciese una cosa para ser recompensada con

⁸ José Solís Ruiz (1913 – 1990) fue un importante político español durante la dictadura franquista.

⁹ Única central sindical española que existió durante el régimen de Franco.

otra. Nos parecía horripilante, pero había que guardar silencio, porque iríamos fuera si rechistábamos.

Entretanto, empecé a participar en labores políticas cuando cumplí los 16 años gracias al ánimo de mi padre, quien posteriormente caería enfermo y moriría en 1960 en la casa que compramos un año antes cerca de la Caja de Ahorros de Carrús. Aunque no me aseguró de qué partido era, intuyo que era de la izquierda radical. En el momento de su fallecimiento fue cuando, alentada por todas sus vivencias, me metí de lleno en la promoción del Partido Comunista de España (PCE). En los años 70, una vez legalizados los partidos, compartí con mis camaradas viajes a Madrid, donde se hacía la fiesta de la organización política. Si se convocaban mítines en Ciudad Real, Fabara o Valencia, allí que iba. También por esa época les echaba una mano para pegar carteles de propaganda. Ellos me avisaban. Se podría decir que he sido muy afín a los ideales comunistas.

Pese a las restricciones del franquismo, intentábamos hacer vida normal. Aunque el miedo nos invadía –sabíamos que hasta que no se instaurase una democracia (Transición) no se iría- de vez en cuando, acudíamos a manifestaciones. En una de ellas nos fuimos a la “Torre eléctrica de los americanos” de Guardamar del Segura, reclamando por los derechos de la industria eléctrica. Vigilados por la Guardia Civil, nos adentramos entre los matorrales y no pararon de perseguirnos, con miradas hirientes. En un momento de impulsividad solté: “Oye, no somos terroristas, ¿eh?”. Se me encararon. Sentí pavor. Pero finalmente no se contó ningún daño físico.

Otro de los riesgos que corrimos mi amiga Mari y yo, consistía en auxiliar a la gente que se encerraba en la Parroquia de San Juan Bautista, proporcionándoles comida y bebida. Al igual que en la sede del Sindicato Vertical, allí se reunían personas contrarias al régimen. Los “grises”¹⁰ hacían guardia a escasos metros de la puerta. Te preguntaban dónde ibas y la contestación era: “A rezar”. Sin más dilaciones. Me metía directa en el fango, pero yo era así. De hecho, mi marido me lo recriminaba. Me ha ocasionado muchos problemas el querer ir a un mitin y él no dar su brazo a torcer. Evidentemente no iba a cambiar por nada ni por nadie y yo asistía.

Él prefería quedarse en casa. En cambio, yo me presentaba en todo lo que podía. A veces me excusaba en el trabajo con que tenía que ir al médico para salir antes e ir a debatir a la sede del partido e incluso, después de 11 horas de ajeteo en la fábrica, me quedaba

¹⁰ Miembros de la Policía Armada y de Tráfico, cuerpo de seguridad creado por la dictadura franquista tras la Guerra Civil.

toda la noche allí, donde me enteré y me quedé petrificada al escuchar algunos sucesos como el 23F.

Nadie del negocio se enteró de mis tejemanajes. Pero un día se acabó. Las cuentas de dicha empresa dejaron de funcionar y tener beneficios. ¿La solución? Cerrar. ¿Las consecuencias? Todos a la calle. Nos buscamos la vida y, no mucho tiempo después, se enteraron de mi paro y una fábrica me llamó para trabajar. ¿Cómo se hicieron eco de mi noticia? No tengo ni idea. Pero en esta, el encargado era del Partido Comunista de los Pueblos de España y me permitía irme en lugar de a las 21:00h a las 20:00h. Justo cuando tenía lugar una reunión. No he parado de hacer cosas hasta estando embarazada de cada uno de mis tres hijos. No obstante, recién entrado el siglo XXI, un triste acontecimiento hace que el cielo se vuelva gris y tenga que estar menos activa.

Estaba trabajando con mi hija en la fábrica María Jáen, donde también se encontraba mi hijo, cuando me llaman para alertarme de que los resultados de unos análisis han dado positivo en cáncer. Yo quería seguir con mis labores para no entristecerme más de la cuenta, pero ambos me reprocharon que no estaba en condiciones. Finalmente, fui operada de cáncer de colon y, al poco, me quitaron medio pulmón debido a una metástasis. No me encontraba bien y, en consecuencia, me jubilé a los 62 años.

Tras este episodio me dio por pensar en todo lo que he pasado. Todo el sufrimiento. Hace seis años me dio un infarto, estuve 21 días en la UCI y cuatro de ellos en coma inducido. Décadas antes sufrí un percance, no sé si calificarlo de mayor importancia, pero el susto fue mayúsculo. Cuando estaba trabajando en la fábrica de Huerto Ripoll entró un individuo armado con una escopeta recortada. Disparó de manera que todos los perdigones cayeron sobre mí. Me tiré seis horas en quirófano, ya que las heridas se extendían por piernas, brazos y codos. Lo importante es que sigo viva y coleando. Ahora paso más tiempo con lo que importa de verdad: mi familia.

Por un lado, tengo a mis hermanos. Por cierto, sigo siendo la más rebelde de los seis que quedamos. Cada uno con nuestra manera de ser, pero yo he participado más en la vida política. Los demás no han querido involucrarse tanto. Aunque el mayor ha sido militante en el Partido Comunista, luego se hizo fabricante y cambió su parecer. Entonces le dije: “Hermano, de política ni mu. Centrémonos mejor en temas familiares, porque no me parece coherente lo que has hecho”. No le vería nunca en un 1 de mayo representando a los trabajadores, siendo un empresario que se “aprovecha” de sus obreros. Por otra parte,

mis hermanas no han ido a la escuela y tampoco se han preocupado en informarse de ciertos aspectos del panorama político. Votan conforme mi madre, “felipista”, lo hacía con el PSOE.

Por otro lado, tengo a mis dos hijos, Javier y Antonio, y a mi hija Sandra. Jamás les he dicho cómo tienen que ser ni pensar. Pero doy las gracias, porque me han salido afines a los partidos de izquierda. Solo el mayor, Javier, entiende de política. Más que yo. Lee artículos, libros; ve entrevistas y documentales; le gusta conocer, saber cómo y estar al tanto de todo. Así como del desarrollo de los partidos.

Le he contado cómo se ha ido cerniendo la estructura del PCE en Elche, desde que yo sé hasta la actualidad. Hubo una especie de pugna interna deleznable en la que se han ido “matando” unos a otros. Cada uno quería saber y ser más que el otro. Todo por lograr su “banquito”. Deseaban seguir estancados en el pasado, reacios a un cambio, y lo que no sabían es que la sociedad y el mundo están en constante evolución.

Una vez estábamos en la sede del partido en el Camino de los Magros y la tensión aumentó hasta el punto de terminar en los juzgados. Por aquel entonces compartía amistad con Ángeles Candela, que se salió y fue edil con Compromís; estaba Pascual Mollá, que también se fue; mi amigo Ramón, fiel al comunismo, planteó la idea de formar un equipo y también Severino, quien más tarde acabaría militando en el PSOE. Yo veía que algo había cambiado y, además, todos se iban. No recuerdo militantes más entrañables desde que se echaron a un lado Marcelino Camacho, Santiago Carrillo y Julio Anguita. Desde luego, si algo tenía claro es que el partido había escogido el camino equivocado. Senda de la que yo he decidido apartarme durante un tiempo.

De pequeña no tenía aficiones, sino trabajar, trabajar y trabajar. Es hora de un descanso y recuperarme tanto físicamente como de ánimos. Solo espero que haya una mejora en la forma de hacer política; que dejen paso a las futuras generaciones de mujeres que quieran participar en este terreno y no le corten las alas; y la mayor transparencia posible.

3.6 Pilar Sanz Rodríguez

En el singular y pequeño pueblo navarro de Lárraga, entre tierras de labor cerealista y ganados de caballos, mulas y asnos, nací el 11 de diciembre de 1928, cuando la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930) vivía sus últimos coletazos.



Pronto, por el trabajo de mis padres –eran autónomos-, nos mudamos y dejamos el frío norte por la Meseta española. Nos tuvimos que trasladar a Madrid en la Segunda República Española (1931-1939) por una contrata en una finca de Madrid, denominada “El Portal”, que se abastecía con agua proveniente del río Jarama. Mientras, mi madre se había vuelto a Navarra para trabajar en una cosecha de trigo, pero volvió pasadas unas semanas. Menos mal, porque enseguida estalló la Guerra Civil.

En ese momento, éramos 12 personas (mis abuelos, mis padres y ocho de mis hermanos) unidas, pero aterrorizadas en casa. Estábamos tomando el desayuno y entran republicanos, aconsejándonos que nos fuéramos. Entre bombardeo y bombardeo, recogimos lo básico y dejamos nuestro hogar, que estaba cerca de la emisora RNE, la única que estaba activa por aquel entonces. Estaba atemorizado hasta mi padre Ramón, que se podía considerar como una persona íntegra y dura; ingeniero agrónomo; de monte, de injertar, de podar, de andar por viveros; todo un cerebro, quien echaba tesón a las cosas y se notaba. Pues, ante los acontecimientos, se quedó helado y no sabía cómo calmar el ambiente.

A nuestro rescate vino un camión ruso, aliados de los republicanos, lleno de colchones y gente. Los soldados daban prioridad de subida a mayores y jóvenes; logramos subir todos y arrancó. Todo iba bien hasta que en Arganda del Rey el vehículo se paró. Los más veteranos avisaron de que el camión se había roto, pero no nos lo creímos. Se trataba de una gran quimera. Los camioneros nos abandonaron allí a nuestra suerte, porque más

adelante estaba el bando nacionalista, fieles a Franco y ayudados por Hitler, con bombas preparadas para su inminente explosión.

¿Qué hicimos? Todos a una. Apostamos por resguardarnos debajo de un olivar y no mover ni un dedo. En segundos, vemos como la furgoneta y toda la munición (sacos de ropa, comida...), que habíamos conseguido salvar de nuestras casas, saltan por los aires debido al impacto de explosivos. A las horas cesaron los bombardeos y anduvimos kilómetros y kilómetros por las largas y desiertas carreteras. Ahí supimos que nuestra niñez ya nos había sido arrebatada. Nos dejaron sin nada.

Íbamos de pueblo en pueblo, de carrito en carrito, pero nadie nos ofrecía refugio. Llegamos como bien pudimos al pueblo de Villarejo de Salvanes, donde nos refugiamos en un caserío donde ni siquiera había puertas. Con sacos, hacíamos los apartamentos de la familia y gracias en parte a los vecinos, que nos daban lo básico para comer y vivir, logramos sobrevivir. Vivimos “tranquilamente” durante un tiempo. Mis cuatro hermanos y cinco hermanas nos entreteníamos jugando al corro. Nos conformábamos con poco. El mayor, Ramón, era concertista -tocaba saxo, trompeta y piano- y fue requerido por la banda de música de Llíria (Valencia). Se lo llevaron. No tenía alternativa, porque levantaría sospechas en caso de no obedecer. Mi otro hermano, Irineo, se decantó por alistarse en el frente republicano. Tristemente fue traicionado por un hombre en Pozo Blanco, fue encontrado por los sublevados y asesinado a bocajarro.

En tiempos de guerra, cuando tocaban la sirena, tenías que quitar rápidamente la luz, porque los tiros y cañoneos eran inmediatos. Si te encontrabas lejos de casa, era obligado encontrar un refugio próximo a tu localización. Con todo esto, mi abuelo, que era mayor, estaba perdiendo el norte debido a la extrema crueldad; de hecho, en una ocasión, a plena luz del día mientras los guardias hacían su patrullaje diario, él salió con el candil a la puerta del refugio y, evidentemente, fue apuntado por estos. Por suerte, tenía amistad con uno de ellos y este sabía que sufría problemas, por lo que no fue atacado.

Al término de la guerra, nos obligan a irnos del pueblo. No estábamos seguros allí. Hicimos caso, cogimos las pocas pertenencias que nos importaban y marchamos hacia la ciudad de Madrid, donde vivía mi tío. Tenía un restaurante, cuya bodega fue muy acogedora y entre sus sacos de maíz dormíamos.

En aquel lugar aprendí a cocinar, cosa que luego me sirvió para trabajar en un restaurante cerca del barrio de Salamanca. Mi familiar echó el cierre por complicaciones médicas y

yo tuve que buscarme la vida. El jefe de dicho establecimiento formaba parte de un grupo de seguidores de Franco. Llegaban muchos sacos de comida y me prohibía darle pequeñas partes a la gente con necesidades que esperaban en la puerta. Mi superior era una persona perversa, pero yo me comportaba de manera más lista y sin que me pillara, a escondidas, les daba mi pan e incluso la mitad de mi comida. La insensibilidad de este no quedaba ahí. Vivimos muchos episodios de impiedad hacia nosotros. Este nos obligaba a rezar tres veces al día en el comedor; nos vigilaba; y si cumplíamos con el cometido, nos daba las sobras del día. Nos trataba de mala manera, no porque supiese que éramos contrarios a la dictadura, sino por ser unos meros cocineros.

Aborrecida por el sadismo imperante, me busqué un puesto en un sanatorio donde iban destinados quienes salían de los campos de concentración¹¹. Mi tía, que era monja, trabajó durante un tiempo en este, pero la trasladaron a otro, de mayor categoría -para ricos-, tras un corto periodo. Se notaba la diferencia de uno a otro. En aquel gozaban de habitaciones para ellos solos, calefacción, etc. y, sin embargo, en el mío no se les proporcionaban ni fármacos a veces. Si yo era creyente, las trabajadoras del lugar, que solían ser monjas, me quitaron toda la fe del trato injusto que daban.

A principios de los años 60, al poco de conocer al que fue mi primer y único marido, me quedé embarazada. En la calle de O'Donnell, número 50 en Madrid se encontraba el Hospital Materno Infantil, donde iba yo a dar a luz. Me había enterado por unas amigas que una chica dio a luz y una de las enfermeras quería quedarse con el bebé. Seguramente con la intención de entregarlo a una familia. Por suerte, otra monja no le dejó que lo hiciese.

Una vez se me informó de esta historia, me quedé absolutamente absorta. Aun así, confié y permanecí entre sus paredes. Cuando nació mi hijo Ismael me dio una morriña, pero logré ver perfectamente cómo bajaba una monja con un hombre alto y bien vestido. “Usted no se preocupe porque tiene un hijo muy guapo. Si usted no puede criarlo me lo llevo y lo atiendo bien”, me propuso la trabajadora. A lo que yo le contesté: “Claro que va a estar bien cuidado, porque lo voy a educar yo”.

Me dieron el alta, cogí a mi bebé y no me despedí de nadie. Me fui echando leches. Al parecer el comercio que se traían entre manos era más oscuro de lo que nos podía imaginar

¹¹ En España existieron unos 190 campos de concentración franquistas por los que pasaron entre 370.000 y 500.000 prisioneros desde 1936 hasta 1947.

en esos momentos. Solo se salvaba una –a las demás las denominaban “Sor Veneno”-, que valía mucho la pena: sor Concepción. Era buenísima y la mandaron a la región africana del Congo. Supongo que para hacer y deshacer a su antojo en aquel hospital, y así poder llevar a cabo sus artimañas libremente.

Con el recién nacido, me fui a vivir a un pueblo cerca del Jarama. Yo ya era ama de casa y me dedicaba a mi hijo y a los cuatro que vinieron después. Allí vivimos uno de los peores episodios de nuestras vidas cuando el río se desbordó y se nos inundó la casa hasta el punto de que nos tuvieron que rescatar y llevar a un coto de caza seguro. Justo siete días antes había nacido mi segundo hijo. Las pérdidas hogareñas eran grandes y el agobio era tremendo, pero logramos salir hacia adelante.

Pusimos rumbo hacia Rivas-Vaciamadrid, donde nos instalamos en una casa gracias a unos contactos. Semanas después, tocan la puerta sobre las 12:00h. Abrí y apareció un alguacil con camisa negra, guardia respaldado por las fuerzas de Mussolini. Pasaba a cobrarse el impuesto en tiempos de dictadura y le contesté de mala forma diciendo que “antes se lo daba al primer mendigo que viese”. Yo replicaba con facilidad. “¿Sabe usted lo que está diciendo?”, me advirtió el agente. Afortunadamente, no ocurrió nada. Otro susto más.

Y así pasamos los años hasta que mi marido enfermó. Le detectaron una serie de problemas en los pulmones y tomamos la decisión de movernos a Elche, porque el clima le iba a beneficiar. Así pues vendimos la casa madrileña y rumbo a un nuevo destino en busca de mejorar salud y confort, dejando a nuestra familia atrás.

Al año siguiente, en 1975, el 20 de noviembre se convierte de repente en fiesta nacional. Explota en las calles una gran alegría y júbilo. Todos respiramos hondo. Aún más cuando se produjo la ansiada Transición. Intentando olvidar todos los temores aunque en la maleta quedaban cenizas todavía por retirar. Siempre recordaré cuando a mi padre le dijeron de internarnos en un colegio en Argentina, Rusia o México, porque corríamos peligro. Él rechazó la idea: “La familia unida ante todo”. Recapitulando también me viene a la mente la imagen de cuando rebuscábamos en la basura, ya que no teníamos nada para comer y, sin embargo, los fascistas se guardaban la harina argentina para venderla a estraperlo¹²; o cuando me ponía a la cola de un local próximo donde repartían raciones

¹² Negocio fraudulento. Podemos distinguir entre quienes lo tenían que practicar por pura supervivencia y quienes se enriquecían a expensas del hambre y las necesidades de gran parte de sus compatriotas durante la época dictatorial española.

alimentarias y como no dije el “¡Viva España!” me despacharon sin nada. Había mucho rencor pero a la vez necesitábamos pasar página y cerrar este doloroso capítulo de nuestras vidas.

Instalados en un piso de la zona que limita el Toscar con la avenida de las Cortes Valencianas, solo me quedaba luchar por darle el mejor futuro posible a mi familia. A ello me puse, porque ese mismo año, fui a reclamar varias cosas al Ayuntamiento.

La primera se trataba de obtener plaza escolar para mis hijos Ramón, Félix, Santiago, Javier e Ismael. Había cola y en cuanto llegué me contestaron secamente que no había colegios. No me moví de ahí, porque no soportaba que mis chicos estuviesen sin escolarizar. Yo no pude ir ni por la guerra ni por la situación que se desarrolló después y, por ende, no deseaba lo mismo para ellos. No los quería ver perder el tiempo en la calle, sino que se formasen en un centro docente público, no en uno privado como me sugirieron. No me lo podía permitir, ni iba a hacerlo. Allí me quedé hasta que firmé un papel con la inminente escolarización en el Colegio Público Virgen de la Asunción.

La segunda consistía en conseguir mis pastillas diarias para la tiroides. No había ni en Elche ni en Alicante. Fui a protestar y me afirmaron que era culpa de la política y ellos no podían hacer nada. Era mi vida y mi salud, así que fui día sí y día también hasta que lograron adquirirlas.

Unos años después, con la vuelta de Santiago Carrillo del exilio y la legalización de partidos, me afilié al Partido Comunista de España (PCE). No había apenas mujeres –y por fortuna eso ha cambiado- pero me sentía con la fuerza suficiente para que el papel de esta irrumpiese en política, visibilizar nuestra labor y traer la idea de que todos somos iguales y tenemos los mismos derechos. En este sentido, acudí a charlas y asambleas del partido para aportar mi granito de arena. Enfocada en la justicia social, mantenía contacto con vecinos ilicitanos para intercambiar perspectivas sobre cuestiones como la falta de asfaltado, colegios, parques, etc.

Entretanto, mi marido seguía con su particular lucha contra la enfermedad, apoyado por mis hijos a los que les enseñaba a amasar, cocinar, fregar y todo lo que atañe a la limpieza del hogar, pero sobre todo a ser buenos y generosos. Lamentablemente, en 1993, perdió la batalla y falleció.

No me quedé en casa. Si algo tenía claro es que esto –y la jubilación a los 67- no conseguirían derrumbarme, al contrario, tenía que ser una persona proactiva y emprendedora. Lo juré y lo llevé a cabo. No paré de presentarme en concentraciones en las que participaba el PCE, en el cual había mucha unión entre sus militantes. Con ellos fui a la manifestación de Madrid bajo el lema “No a la guerra” en 2003. Allí se congregaron una cantidad ingente de personas, incluidos reconocidos artistas como Miguel Ríos o Víctor Manuel.

Aparte de esto, junto a mis compañeros comunistas, se planificó un viaje a Francia, Portugal, Italia, Mónaco y Cuba, donde me dieron la primera flor de mi vida. La gente de allí es muy sabia y me sorprendió el nivel de conocimiento de la historia de España, tanto política como artística.

Ahora la edad me limita para llevar a cabo ciertos propósitos y solo participo en contadas comidas del partido, donde se comparten ideas. El partido ya no es lo que era, por algunas trifulcas internas ya no estábamos ni cómodos ni unidos. Si hago falta para algo urgente sin dudarlo voy. Pero actualmente mi pasatiempo se basa en hacer sopa de letras; no perderme ni un programa de “Saber y ganar” de La 2 de TVE; y escribir poesía, sobre todo, reivindicativa.

Quiero vivir lo que me quede a tope. Con este pensamiento hice la siguiente poesía, al que no le he puesto todavía nombre:

Hacer el bien ante todo, / porque yo soy como un río de aguas bravas, / que baja por las
pendientes. / Igual que mi juventud, / ninguno de los dos vuelve. / Mi juventud es el
pasado, / mi futuro es el presente, / yo vivo positiva y alegremente / para poder ser útil a
la gente. / A mis compañeros y familiares les digo, / vivid felices y contentos, / desde aquí
os lo digo, / para no coger la depresión / que es nuestro mayor enemigo».

Como persona participativa de nacimiento que soy, en abril de 2018 se me otorgó el tercer premio en la segunda edición del certamen culinario Super Chef Senior, organizado por Escuela Municipal de Hostelería de Elche, por realizar un delicioso pastel de marisco al estilo Pilar. También recibí el diploma “Saber y haber llegado a ser mayores” de la Universidad Miguel Hernández de Elche. Entre otros tantos.

4. Conclusiones

4.1 Estudios escasos

“Nos arrebataron la niñez”, afirmaba Sanz. Y no le falta razón. Cuatro de las seis entrevistadas han cursado primaria. Algunas ni la acabaron. Abandonaron las aulas para encerrarse entre cuatro paredes y ayudar en las tareas de casa. Además de esto, otras se vieron empujadas a trabajar en fábricas de zapatos por la complicada situación familiar.

Allí pasaban horas y horas, sentadas, frente a una máquina. Cabe recordar que el boom económico de esta industria comienza en los años 60 gracias a la apertura de mercados internacionales, pero los que sacaron beneficios de todo esto no fueron otros sino los dirigentes, quienes explotaban a sus empleados sin piedad alguna, tal y como da a entender Planes.

La actitud misógina y conservadora, que aparecía inyectada como un virus en cada una de las viviendas españolas, hacía que las mujeres quedasen relegadas a las funciones domésticas como eran limpiar, cocinar, cuidar de los hermanos, pero sobre todo coser y bordar. Las chicas debían cumplir las órdenes dadas, pero los chicos no hacía falta que las siguiesen. “Mis hermanos mayores apoyaban la idea de que las mujeres tenían que formarse y así lo hice”, contaba Sempere, quien como Baeza tuvo la oportunidad de estudiar más allá de primaria.

No obstante, se trata de mujeres que han apostado por educarse, informarse y enriquecerse culturalmente por su cuenta. Las circunstancias no se lo permitieron, pero como dice el refrán hace más el que quiere que el que puede.

4.2 Participación familiares guerra

La Guerra Civil española (1936-1939) se llevó consigo la vida de alrededor de 500.000 personas, llenando de tristeza y miseria miles de casas en España donde esperaban con ansias noticias del frente.

Se estima que en el bando sublevado, encabezado por Franco, contaron con la participación de un millón de hombres, contando con aliados portugueses, alemanes e italianos. Todos ellos estaban bajo una dictadura. En cambio, los republicanos fueron apoyados por la URSS, Francia, Polonia y México, quienes procedieron con la respectiva

ayuda militar y asesora. Al igual que los nacionalistas, en sus filas se alistaron un millón de militares.

Familiares de Marchante no se libraron de esta tragedia. “Un sin vivir”, diría la política. Su padre se fue voluntario a la Guerra Civil en el bando republicano; su marido estuvo encarcelado por definirse “maqui”; y su suegro era un alto mando de los de izquierda que se exilió durante el final del conflicto bélico. En general, comenta, toda su familia era simpatizante de este frente. Testimonios similares vienen de los más cercanos de Sempere y Planes, cuyos padres también fueron presos. Peor suerte corrieron el hermano de Sanz, Irineo, quien fue fríamente asesinado por los nacionalistas; el suegro de Baeza, Alemañ, quien murió en guerra por ser dirigente comunista; y el tío de Planes, que con tan solo 18 años falleció en combate.

Todas ellas menos Sanz, a pesar de nacer una vez finalizada la guerra, cuentan que cuando escucharon por boca de sus allegados todo el sufrimiento pasado, un halo de sudor frío recorría todo su cuerpo. Podían sentir la angustia y desesperación vivida en aquellos duros años.

4.4 Apoyo familiar

Muchas veces resulta esencial un último empujón para llevar a cabo los distintos objetivos que se presentan a lo largo del recorrido humano. La unión en tiempos arduos como los vividos durante la guerra y la posterior dictadura era fundamental. Destruída cualquier oportunidad de desarrollo social, la búsqueda de alternativas para crecer como persona, luchar por tus derechos y postular a un futuro decente –en la medida de lo posible- se convertía en algo necesario.

Parte del influjo recibido para la participación de las seis mujeres ilicitanas en el campo de la política viene del activismo familiar. La educación obtenida y la experiencia de los padres es determinante para los caminos que escogen las protagonistas de este trabajo. Unas no pudieron estudiar todo lo que deseaban, quedándose a medio camino, y otras cumplieron su sueño.

A pesar de que varios cercanos a ellas mostraron su desacato en un primer momento a que se vieran inmersas en movilizaciones políticas, pues tenían miedo de que pudiese

ocurrir una desgracia si eran interceptadas como disidentes y fuesen a prisión –como sus algunos de sus progenitores-, todos acabaron por aceptar su postura.

4.5 Independencia

Una vez recibido el apoyo de su familia se abría aún más el campo para la consecución de una libertad plena. Cabe recordar que España destacaba por ser conservadora y machista. Cosa que está aún en proceso de cambio.

La valoración de la mujer y su situación no empezaron a evolucionar hasta pasados los 60. En dicha década el turismo, la industrialización y modernización social motivaron la transformación socioeconómica y cultural del país. La cosa no queda ahí. Con el objetivo de que esta se incorporara a la vida laboral fuera del ámbito hogareño se aprueba la Ley de Derechos Políticos Profesionales y Laborales de la Mujer. Un gran paso.

Año 1975. Fallece Franco en noviembre. Un mes después llegan las Primeras Jornadas Nacionales para la Liberación de la Mujer. El país clamaba y pedía una “metamorfosis”. Es cuando se instaura la democracia que se produce un cambio a favor de la igualdad entre hombres y mujeres. El artículo 14 de la Constitución española de 1978 reconoce las leyes del divorcio, del aborto, entre otras.

Esto hace que nuestras políticas se vayan empoderando hasta actuar de manera individual, dejando de lado la antigua tendencia de permanecer en casa pendiente de la limpieza de esta y el cuidado de su familia. Eso ya formaba parte del pasado. Ni padres ni hijos ni marido les prohibirían acudir a ciertos espacios de tertulia, actos solidarios o manifestaciones políticas. Eran personas independientes y libres. No necesitaban el consentimiento de nadie.

4.6 Necesidades

La finalización de la guerra sume a España en una miseria mayor a la ya sufrida durante el conflicto. Los destrozos de este y el aislamiento internacional al que someten al país terminan por ser desencadenantes del establecimiento de una autarquía. ¿Alguien se creía que el estado podría convertirse en autosuficiente después de sufrir tal debacle? Algunos, como ya demostraron, sí.

La corrupción y el estraperlo estaban a la orden del día, tal y como explicar Sanz. Unos se beneficiaban de la exasperación de otros, quienes a pesar de las cartillas de racionamiento acababan desbordados por la necesidad y el hambre. Familias humildes, sin privilegio alguno, se vieron sumergidas en un pozo del que veían difícil salida. Pero no se rendían, seguían luchando.

4.7 Pavor

Si por algo se caracterizó la posguerra española fue por la ley del silencio imperante durante años. “Podías escuchar auténticas barbaridades tras las puertas”, afirmaba Pérez, cuya familia podría decirse que vivía tranquilamente, sin ningún problema. Su padre era amigo de la guardia civil y les ayudaba con los represados, por lo que pertenecía a un buen estatus dentro del pueblo. Asimismo, quienes no se posicionaron ni antes ni después del conflicto, podían vivir de buena manera. “Ventanas y puertas abiertas”, apoya Baeza, quien también declara que no volvería a una dictadura, sabiendo que muchas personas fueron condenadas por sus ideales.

Sin embargo, se sabe de los métodos crueles utilizados por el régimen franquista para fumigar la población de posibles republicanos o bien para demostrar su postura ante varios temas. La tortura para ellos era la solución para imponer su fuerza y demostrar su poder. Tal y como relata Planes, entre una de las múltiples formas de humillación se encontraba la obligada ingesta de aceite de ricino por parte de las mujeres debido a injustificables e injustos motivos como el haber contribuido al derrumbe de la moral católica o por izar una bandera republicana.

Tras más de 35 años de atrocidades, los españoles se tiñeron de amarillo alegría. Y aunque entraban en un terreno de incertidumbre total, respiraron hondo cuando vieron el histórico mensaje de Arias Navarro: “Españoles, Franco ha muerto”. No más esconderse como cuando la familia Marchante escuchaba la Radio Pirenaica. Era tiempo de dialogar.

5. Bibliografía

- Miguel Juan, C. (2016). Mujeres y dictadura franquista: la historia silenciada. Recuperado del medio de comunicación digital español eldiario.es: https://www.eldiario.es/contrapoder/mujeres_dictadura_franquista_6_502609735.html
- Montagut, E. (2015). La lucha de las mujeres en la España contemporánea. Recuperado del diario digital Nueva Tribuna: <https://www.nuevatribuna.es/articulo/cultura---ocio/lucha-mujeres-espana-contemporanea/20150714192551118054.html>
- Mujeres en Red | El Periódico Feminista. (2007). Empoderamiento. Recuperado del medio Mujeres en Red: <http://www.mujeresenred.net/spip.php?article1307>
- EFE. (2018). España, tercer país de la UE con mayor proporción de mujeres en su Parlamento. Recuperado del diario ABC: https://www.abc.es/sociedad/abci-espana-tercer-pais-mayor-proporcion-mujeres-parlamento-201803071858_noticia.html
- González, B. (2018). El voto femenino en España cumple 87 años este 1 de octubre. Recuperado del medio de información El Periódico: <https://www.elperiodico.com/es/politica/20181001/voto-femenino-espana-clara-campoamor-7064177>
- Cuarto Poder. (2017) La represión franquista contra la mujer: las rapadas. Recuperado del diario Cuarto Poder: <https://www.cuartopoder.es/ideas/2012/02/09/la-represion-franquista-contra-la-mujer-las-rapadas/>
- Moreno Sáez, F. (2019). *La represión franquista en la provincia de Alicante* [PDF] (p. La represión de las mujeres). Recuperado del archivo de la Universidad de Alicante: <https://archivodemocracia.ua.es/es/represion-franquista-alicante/documentos/la-represion-franquista-en-la-provincia-de-alicante/represion-de-mujeres.pdf>
- Serrano, P. (2018). La industria del calzado en Elche: 40 años de innovación, desarrollo económico y social. Recuperado del diario digital Alicante Plaza:

<https://alicantaplaza.es/la-industria-del-calzado-en-elche-40-anos-de-innovacion-desarrollo-economico-y-social>

- Cátedra Pedro Ibarra, Universidad Miguel Hernández de Elche. (2010). Vázquez González, Frasquita. Recuperado de la web que recoge la Memoria Digital de Elche: <http://www.elche.me/biografia/vazquez-gonzalvez-frasquita>
- Memoria.cat. (s.f.) La miseria de la posguerra. Recuperado de la web memoria.cat: <http://www.memoria.cat/franquisme/es/content/la-miseria-de-la-posguerra>
- Martín Alarcón, J. (2015). El franquismo sin Franco, la otra agonía que se consumió en la violencia. Recuperado del diario El Mundo: <https://www.elmundo.es/la-aventura-de-la-historia/2015/11/20/564e685746163f7a2e8b45f1.html>
- País, E. (1990). José Solís Ruiz, ex ministro franquista, falleció ayer en Madrid. Recuperado del diario El País: https://elpais.com/diario/1990/05/31/espana/644104822_850215.html
- El Municipio y su Historia: Formentera del Segura. (s.f.). Recuperado de la web del Ayuntamiento de Formentera del Segura: <http://www.formenteradelsegura.es/el-municipio/el-municipio-y-su-historia/>
- Colegio Santa María del Carmen | Murcia (s.f.) Historia del Colegio. Recuperado de la web del colegio de las Hermanas Carmelitas en Murcia: http://murcia.colegioscarmelitas.com/index.php?option=com_content&view=article&id=274&Itemid=661
- Autores anónimos (s.f.) Lista de campos de concentración. Recuperado de la página web 15mpedia.org: https://15mpedia.org/wiki/Lista_de_campos_de_concentraci%C3%B3n
- Preventorio (s.f.). En el Diccionario de la Real Academia Española (23ª ed.). Recuperado de: <https://dle.rae.es/?id=U9WNg39>
- Radio España Independiente – Estación Pirenaica (s.f.) Recuperado de la web: <https://www.lapirenaicadigital.es/SITIO/PIRENAICA.html>

- La Caja Móvil. Biblioteca virtual móvil de la Unión de Juventudes Comunistas de España. (s.f.) Ser joven y no ser revolucionario. Recuperado del Archivo de Juventudes Comunistas: <http://www.archivo.juventudes.org/salvador-allende/ser-joven-y-no-ser-revolucionario>

